

Kate Chopin – “La tormenta”*

Escrito en 1898; publicado en 1969.

I

Las hojas estaban tan quietas que incluso Bibi pensó que iba a llover. Bobinôt, que acostumbraba a conversar en términos de absoluta igualdad con su pequeño hijo, llamó la atención del niño a ciertas nubes sombrías que avanzaban por el oeste con siniestras intenciones, acompañadas de un estruendo tenebroso y amenazador. Estaban en el almacén de Friedheimer y decidieron quedarse allí hasta que pasara la tormenta. Se sentaron dentro sobre dos barriles vacíos. Bibi tenía cuatro años y se lo veía muy listo.

—Mamá se va a asustar —sugirió pestañeando.

—Cerrará bien la casa. Quizás le pida a Sylvie que le ayude esta tarde —contestó Bobinôt, de modo tranquilizador.

—No, no estará con Sylvie. Sylvie la estuvo ayudando ayer —dijo Bibi con voz aguda.

Bobinôt se levantó y, dirigiéndose al mostrador, compró una lata de camarones que le gustaban mucho a Calixta. Después volvió a subirse al barril y se sentó sosteniendo impasible la lata de camarones mientras estallaba la tormenta. Esta sacudió el almacén de madera y pareció que arrancaba grandes surcos en los campos distantes. Bibi apoyó una manito en la rodilla de su padre y no tuvo miedo.

II

En casa, Calixta no sentía inquietud por su seguridad. Sentada junto a la ventana, cosía furiosamente en la máquina. Estaba muy ocupada y no notó que la tormenta se acercaba. Pero sentía mucho calor y, a menudo, se detenía para secarse el rostro en el que el sudor se le juntaba en gotitas. Se soltó el cuello de la bata blanca. Empezaba a ponerse oscuro y, de repente, dándose cuenta de la situación, se levantó apresuradamente y comenzó a cerrar puertas y ventanas.

En la pequeña galería delantera había tendido la ropa dominguera de Bobinôt y se apuró a recogerla antes de que cayera la lluvia. Al salir, Alcée Laballière entraba a caballo por el portón. No lo había visto muy seguido desde que se casara, y nunca a solas. Se quedó allí de pie con el abrigo de Bobinôt en las manos, mientras empezaban a caer las gotas. Alcée condujo su caballo al abrigo de un saliente lateral donde se habían juntado las gallinas y se amontonaban arados y una rastra en un rincón.

—¿Puedo pasar y esperar en la galería hasta que acabe la tormenta, Calixta? —preguntó.

—Adelante, Monsieur Alcée.

La voz de él y la suya propia la sobresaltaron como si saliera de un trance, y aferró el chaleco de Bobinôt. Alcée, subiendo al porche, agarró los pantalones y atrapó la chaqueta trenzada de Bibi que estaba a punto de ser arrastrada por una repentina ráfaga de viento. Expresó su intención de permanecer fuera, pero pronto se hizo evidente que bien podría haberse quedado a la intemperie: el agua golpeaba las tablas a cántaros torrenciales y entró, cerrando la puerta tras él. Incluso fue necesario poner algo debajo de la puerta para mantener el agua afuera.

—¡Oh, qué lluvia! Hace dos años que no llueve así. —exclamó Calixta mientras enrollaba un trozo de bolsa y Alcée la ayudó a meterla debajo de la grieta.

* Traducción de Gabriel Matelo.

Literatura Norteamericana

Estaba un poco más rellena de figura que cinco años antes cuando se casó; pero no había perdido nada de su vivacidad. Sus ojos azules aún conservaban su rasgo de ternura y su cabello rubio, despeinado por el viento y la lluvia, se retorció más tercamente que nunca sobre sus orejas y sienes.

La lluvia golpeó el techo bajo de tejas con una fuerza y un ruido que amenazaron con irrumpir e inundarlos allí. Estaban en el comedor, sala de estar, o cuarto de servicio general. Al lado estaba el dormitorio, con el sofá de Bibi junto al de ella. La puerta estaba abierta y la habitación con una cama blanca y monumental y los postigos cerrados parecía oscura y misteriosa.

Alcée se echó en una mecedora y Calixta comenzó a recoger nerviosamente del suelo los trozos de una sábana de algodón que había estado cosiendo.

—Si sigue así, *Dieu sait* si aguantarán los diques—exclamó ella.

—¿Y qué tienes que ver tú con los diques?

—¡Tengo bastante que ver! Y además Bobinôt está ahí fuera con Bibi en la tormenta! ¡Ojalá no se haya ido de lo de Friedheimer!

—Esperemos, Calixta, que Bobinôt tenga suficiente sentido común como para no salir en este ciclón.

Ella fue y se paró junto a la ventana con una mirada muy perturbada en su rostro. Ella limpió el marco que estaba nublado de humedad. Hacía un calor sofocante. Alcée se levantó y se unió a ella en la ventana, mirando por encima de su hombro. La lluvia caía a cántaros oscureciendo la vista de las cabañas lejanas y envolviendo el bosque distante en una niebla gris. El juego de los relámpagos era incesante. Un rayo golpeó un alto árbol de almendro en el borde del campo. Llenó todo el espacio visible con una luz cegadora y el choque pareció invadir las tablas mismas en las que se encontraban.

Calixta se llevó las manos a los ojos y, con un grito, se tambaleó hacia atrás. Un brazo de Alcée la rodeó y, por un instante, la atrajo hacia sí, espasmódicamente.

—¡*Bonté!*” gritó, soltándose del brazo que la rodeaba y retirándose de la ventana, ¡la próxima es la casa! ¡Si supiera dónde está Bibi! Ella no se recomponía; no permanecía sentada. Alcée la tomó por los hombros y la miró a la cara. El contacto de su cálido y palpitante cuerpo cuando la había tomado sin pensar en sus brazos, había despertado toda la antigua infatuación y el deseo de su carne.

—Calixta”, dijo, “no te asustes. Nada puede pasar. La casa es demasiado baja para ser golpeada con tantos árboles altos alrededor. ¿No vas a estar tranquila? di, ¿no? Le apartó el cabello del rostro que estaba cálido y humeante. Sus labios estaban tan rojos y húmedos como la semilla de granada. Su cuello blanco y un vistazo de su pecho lleno y firme lo perturbaron poderosamente. Cuando ella lo miró, el miedo en sus líquidos ojos azules había dado lugar a un brillo somnoliento que inconscientemente traicionaba un deseo sensual. Él la miró a los ojos y no pudo hacer otra cosa que juntar sus labios en un beso. Se acordó de Asunción.

—¿Te acuerdas, en Asunción, Calixta? preguntó en voz baja quebrada por la pasión. ¡Oh, sí! ella recordaba; porque en Asunción él la había besado y besado y besado, hasta que sus sentidos casi fallaron, y para salvarla recurrió a una huída desesperada. Si bien ella no era una paloma inmaculada en esos días, todavía era virgen, una criatura apasionada cuya indefensión había sido su defensa, contra la cual el honor de él le prohibió imponerse. Ahora; bueno, ahora, sus labios parecían de algún modo libres de probar, así como su cuello blanco y redondo y sus senos más blancos.

Literatura Norteamericana

No hicieron caso a los torrentes que se estrellaban y el rugido de los elementos la hizo reír mientras yacía en sus brazos. Ella fue una revelación en esa habitación oscura y misteriosa, tan blanca como el sofá sobre el que yacía. Su carne firme y elástica, que estaba conociendo por primera vez su derecho natural, era como un lirio cremoso que el sol invita a contribuir con su aliento y perfume a la vida inmortal del mundo.

La generosa abundancia de su pasión, sin astucias ni trucos, era como una blanca llama que penetró y encontró una respuesta en las profundidades de la propia naturaleza sensual de él que nunca había alcanzado.

Cuando tocó sus senos, se entregaron en un éxtasis tembloroso, invitando a sus labios. Su boca era una fuente de deleite. Y cuando la poseyó, parecieron desmayarse juntos en la frontera misma del misterio de la vida.

Él permaneció acolchado sobre ella, sin aliento, aturdido, enervado, con su corazón latiendo como un martillo. Con una mano, ella le tomó la cabeza y sus labios le tocaron ligeramente la frente. La otra mano acarició con un ritmo relajante sus musculosos hombros.

El gruñido del trueno era distante y fue desapareciendo. La lluvia golpeaba suavemente las tejas, invitándolos a la somnolencia y al sueño. Pero no se atrevieron a entregarse a ellos.

III

La lluvia había terminado y el sol estaba convirtiendo el reluciente mundo verde en un palacio de gemas. Calixta, en la galería, vio alejarse a Alcée. Él se volvió y le sonrió con el rostro radiante y ella levantó su bonita barbilla en el aire y rió en voz alta.

Bobinôt y Bibi, caminando penosamente a casa, se detuvieron en la cisterna para ponerse presentables.

—Bibi, ¿qué va decir tu mamá? Deberías sentir vergüenza. Deberías ponerte esos buenos pantalones. ¡Míralos! ¡Y el barro en tu cuello! ¿Cómo conseguiste ese barro en tu cuello, Bibi? ¡Nunca vi a un niño así!— Bibi era el retrato de la resignación patética. Bobinôt era la encarnación de una solicitud seria mientras se esforzaba por eliminar de su propia persona y de su hijo los signos de su vagabundeo por caminos pesados y campos húmedos. Raspó el barro de las piernas y pies desnudos de Bibi con un palito y cuidadosamente eliminó todos los rastros de sus pesadas botas. Luego, preparados para lo peor, el encuentro con una ama de casa excesivamente escrupulosa, entraron con cautela por la puerta de atrás.

Calixta estaba preparando la cena. Había puesto la mesa y estaba haciendo café en la chimenea. Dio un salto cuando entraron.

—¡Oh, Bobinôt! ¡Estás de vuelta! ¡Ay! estaba inquieta. ¿Dónde estuvieron durante la lluvia? ¿Y Bibi? ¿No está mojado? ¿No está herido?— Había abrazado a Bibi y lo estaba besando efusivamente. Las explicaciones y disculpas que Bobinôt había estado componiendo todo el tiempo, murieron en sus labios cuando Calixta lo palpó para ver si estaba seco y pareció expresar nada más que satisfacción por su regreso seguro.

—Te traje camarones, Calixta— dijo Bobinôt, sacando la lata de su amplio bolsillo lateral y colocándola sobre la mesa.

—¡Camarones! ¡Oh, Bobinôt! ¡Eres demasiado bueno!— y le dio un gran beso resonante en la mejilla — *J'vous réponds*, ¡tendremos un festín esta noche!—

Bobinôt y Bibi comenzaron a relajarse y disfrutar, y cuando los tres se sentaron a la mesa se rieron tanto y tan fuerte que cualquiera podría haberlos escuchado desde tan lejos como lo de Laballière.

IV

Esa noche, Alcée Laballière le escribió a su esposa, Clarisse. Era una carta de amor, llena de tierna solicitud. Le dijo que no se apurara en regresar, que si a ella y a los bebés les gustaba Biloxi, se quedaran un mes más. Se las arreglaba muy bien; y aunque los extrañaba, estaba dispuesto a soportar la separación un poco más, dándose cuenta de que la salud y el placer de ellos eran lo primero que se debía considerar.

V

En cuanto a Clarisse, quedó encantada al recibir la carta de su esposo. Ella y los bebés estaban bien. La sociedad era agradable; muchos de sus viejos amigos y conocidos estaban en la bahía. Y el primer aliento libre desde su matrimonio pareció restaurar la agradable libertad de sus días de soltera. Dedicada como estaba a su esposo, su vida conyugal íntima era algo a lo que estaba más que dispuesta a renunciar por un tiempo.

Así, la tormenta pasó y todos se sintieron felices.

Kate Chopin "The Storm" (1898)

I

The leaves were so still that even Bibi thought it was going to rain. Bobinôt, who was accustomed to converse on terms of perfect equality with his little son, called the child's attention to certain sombre clouds that were rolling with sinister intention from the west, accompanied by a sullen, threatening roar. They were at Friedheimer's store and decided to remain there till the storm had passed. They sat within the door on two empty kegs. Bibi was four years old and looked very wise.

"Mama'll be 'fraid, yes," he suggested with blinking eyes.

"She'll shut the house. Maybe she got Sylvie helpin' her this evenin'," Bobinôt responded reassuringly.

"No; she ent got Sylvie. Sylvie was helpin' her yistiday," piped Bibi.

Bobinôt arose and going across to the counter purchased a can of shrimps, of which Calixta was very fond. Then he returned to his perch on the keg and sat stolidly holding the can of shrimps while the storm burst. It shook the wooden store and seemed to be ripping great furrows in the distant field. Bibi laid his little hand on his father's knee and was not afraid.

II

Calixta, at home, felt no uneasiness for their safety. She sat at a side window sewing furiously on a sewing machine. She was greatly occupied and did not notice the approaching storm. But she felt very warm and often stopped to mop her face on which the perspiration gathered in beads. She unfastened her white sacque at the throat. It began to grow dark, and suddenly realizing the situation she got up hurriedly and went about closing windows and doors.

Out on the small front gallery she had hung Bobinôt's Sunday clothes to dry and she hastened out to gather them before the rain fell. As she stepped outside, Alcée Laballière rode in at the gate. She had not seen him very often since her marriage, and never alone. She stood there with Bobinôt's coat in her hands, and the big rain drops began to fall. Alcée rode his horse under the shelter of a side projection where the chickens had huddled and there were plows and a harrow piled up in the corner.

"May I come and wait on your gallery till the storm is over, Calixta?" he asked.

Come 'long in, M'sieur Alcée."

His voice and her own startled her as if from a trance, and she seized Bobinôt's vest. Alcée, mounting to the porch, grabbed the trousers and snatched Bibi's braided jacket that was about to be carried away by a sudden gust of wind. He expressed an intention to remain outside, but it was soon apparent that he might as well have been out in the open: the water beat in upon the boards in driving sheets, and he went inside, closing the door after him. It was even necessary to put something beneath the door to keep the water out.

"My! what a rain! It's good two years sence it rain' like that," exclaimed Calixta as she rolled up a piece of bagging and Alcée helped her to thrust it beneath the crack.

She was a little fuller of figure than five years before when she married; but she had lost nothing of her vivacity. Her blue eyes still retained their melting quality; and her yellow hair, dishevelled by the wind and rain, kinked more stubbornly than ever about her ears and temples.

Literatura Norteamericana

The rain beat upon the low, shingled roof with a force and clatter that threatened to break an entrance and deluge them there. They were in the dining room—the sitting room—the general utility room. Adjoining was her bed room, with Bibi's couch along side her own. The door stood open, and the room with its white, monumental bed, its closed shutters, looked dim and mysterious.

Alcée flung himself into a rocker and Calixta nervously began to gather up from the floor the lengths of a cotton sheet which she had been sewing.

If this keeps up, *Dieu sait* if the levees goin' to stan it!" she exclaimed.

"What have you got to do with the levees?"

"I got enough to do! An' there's Bobinôt with Bibi out in that storm—if he only didn' left Friedheimer's!"

"Let us hope, Calixta, that Bobinôt's got sense enough to come in out of a cyclone."

She went and stood at the window with a greatly disturbed look on her face. She wiped the frame that was clouded with moisture. It was stiflingly hot. Alcée got up and joined her at the window, looking over her shoulder. The rain was coming down in sheets obscuring the view of far-off cabins and enveloping the distant wood in a gray mist. The playing of the lightning was incessant. A bolt struck a tall chinaberry tree at the edge of the field. It filled all visible space with a blinding glare and the crash seemed to invade the very boards they stood upon.

Calixta put her hands to her eyes, and with a cry, staggered backward. Alcée's arm encircled her, and for an instant he drew her close and spasmodically to him.

"*Bonté!*" she cried, releasing herself from his encircling arm and retreating from the window, the house'll go next! If I only knew w'ere Bibi was!" She would not compose herself; she would not be seated. Alcée clasped her shoulders and looked into her face. The contact of her warm, palpitating body when he had unthinkingly drawn her into his arms, had aroused all the old-time infatuation and desire for her flesh.

"Calixta," he said, "don't be frightened. Nothing can happen. The house is too low to be struck, with so many tall trees standing about. There! aren't you going to be quiet? say, aren't you?" He pushed her hair back from her face that was warm and steaming. Her lips were as red and moist as pomegranate seed. Her white neck and a glimpse of her full, firm bosom disturbed him powerfully. As she glanced up at him the fear in her liquid blue eyes had given place to a drowsy gleam that unconsciously betrayed a sensuous desire. He looked down into her eyes and there was nothing for him to do but to gather her lips in a kiss. It reminded him of Assumption.

"Do you remember—in Assumption, Calixta?" he asked in a low voice broken by passion. Oh! she remembered; for in Assumption he had kissed her and kissed and kissed her; until his senses would well nigh fail, and to save her he would resort to a desperate flight. If she was not an immaculate dove in those days, she was still inviolate; a passionate creature whose very defenselessness had made her defense, against which his honor forbade him to prevail. Now—well, now—her lips seemed in a manner free to be tasted, as well as her round, white throat and her whiter breasts.

They did not heed the crashing torrents, and the roar of the elements made her laugh as she lay in his arms. She was a revelation in that dim, mysterious chamber; as white as the couch she lay upon. Her firm, elastic flesh that was knowing for the first time its birthright, was like a creamy lily that the sun invites to contribute its breath and perfume to the undying life of the world.

The generous abundance of her passion, without guile or trickery, was like a white flame which penetrated and found response in depths of his own sensuous nature that had never yet been reached.

Literatura Norteamericana

When he touched her breasts they gave themselves up in quivering ecstasy, inviting his lips. Her mouth was a fountain of delight. And when he possessed her, they seemed to swoon together at the very borderland of life's mystery.

He stayed cushioned upon her, breathless, dazed, enervated, with his heart beating like a hammer upon her. With one hand she clasped his head, her lips lightly touching his forehead. The other hand stroked with a soothing rhythm his muscular shoulders.

The growl of the thunder was distant and passing away. The rain beat softly upon the shingles, inviting them to drowsiness and sleep. But they dared not yield.

III

The rain was over; and the sun was turning the glistening green world into a palace of gems. Calixta, on the gallery, watched Alcée ride away. He turned and smiled at her with a beaming face; and she lifted her pretty chin in the air and laughed aloud.

Bobinôt and Bibi, trudging home, stopped without at the cistern to make themselves presentable.

“My! Bibi, w'at will yo' mama say! You ought to be ashame'. You oughta' put on those good pants. Look at 'em! An' that mud on yo' collar! How you got that mud on yo' collar, Bibi? I never saw such a boy!” Bibi was the picture of pathetic resignation. Bobinôt was the embodiment of serious solicitude as he strove to remove from his own person and his son's the signs of their tramp over heavy roads and through wet fields. He scraped the mud off Bibi's bare legs and feet with a stick and carefully removed all traces from his heavy brogans. Then, prepared for the worst—the meeting with an over-scrupulous housewife, they entered cautiously at the back door.

Calixta was preparing supper. She had set the table and was dripping coffee at the hearth. She sprang up as they came in.

“Oh, Bobinôt! You back! My! but I was uneasy. W'ere you been during the rain? An' Bibi? he ain't wet? he ain't hurt?” She had clasped Bibi and was kissing him effusively. Bobinôt's explanations and apologies which he had been composing all along the way, died on his lips as Calixta felt him to see if he were dry, and seemed to express nothing but satisfaction at their safe return.

“I brought you some shrimps, Calixta,” offered Bobinôt, hauling the can from his ample side pocket and laying it on the table.

“Shrimps! Oh, Bobinôt! you too good fo' anything!” and she gave him a smacking kiss on the cheek that resounded, “J'vous répons, we'll have a feas' to-night! umph-umph!”

Bobinôt and Bibi began to relax and enjoy themselves, and when the three seated themselves at table they laughed much and so loud that anyone might have heard them as far away as Laballière's.

IV

Alcée Laballière wrote to his wife, Clarisse, that night. It was a loving letter, full of tender solicitude. He told her not to hurry back, but if she and the babies liked it at Biloxi, to stay a month longer. He was getting on nicely; and though he missed them, he was willing to bear the separation a while longer—realizing that their health and pleasure were the first things to be considered.

V

As for Clarisse, she was charmed upon receiving her husband's letter. She and the babies were doing well. The society was agreeable; many of her old friends and acquaintances were at the bay. And the first free breath since her marriage seemed to restore the pleasant liberty of her maiden days. Devoted as she was to her husband, their intimate conjugal life was something which she was more than willing to forego for a while.

So the storm passed and everyone was happy.